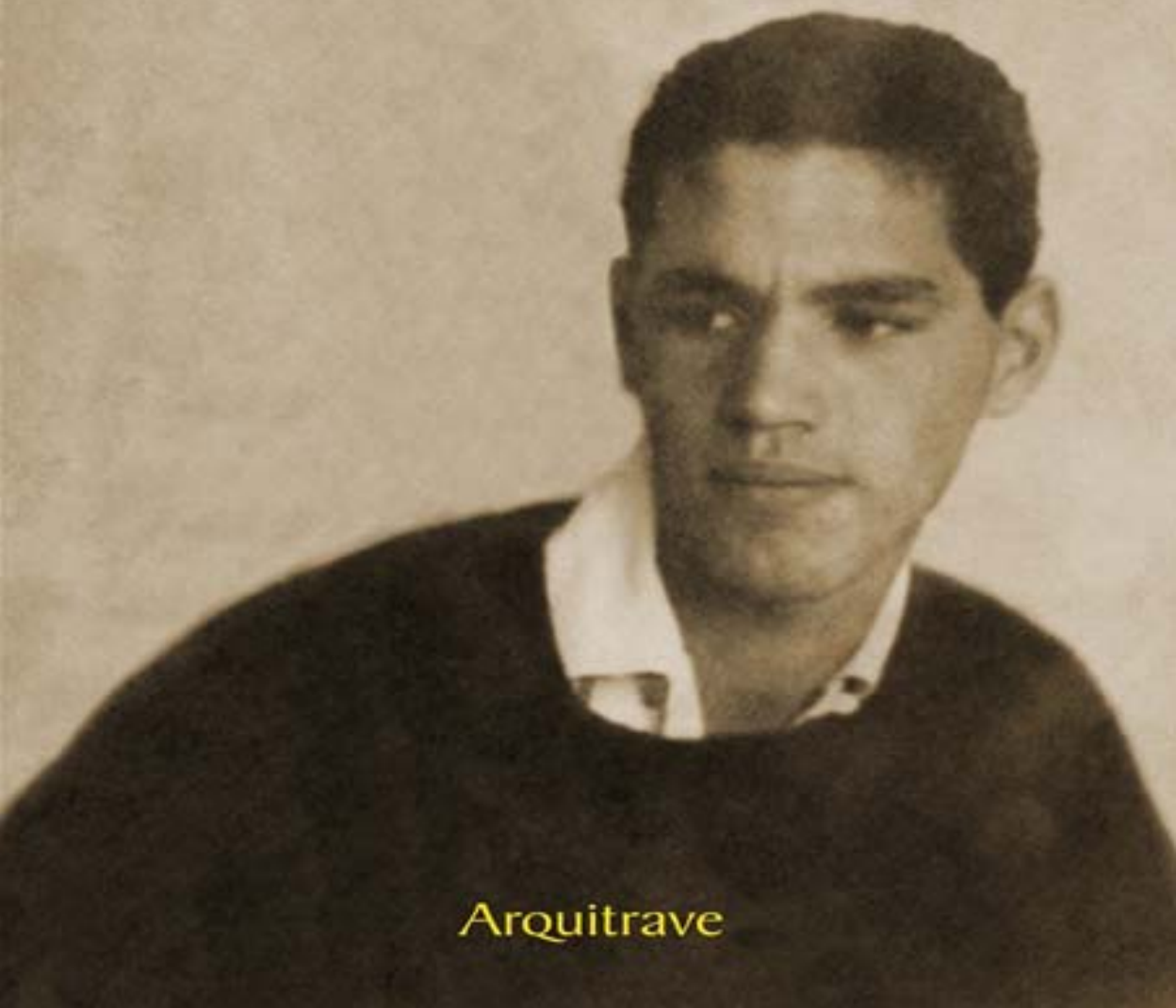


francisco massiani

antología



Arquitrave

francisco massiani
antología

Arquitrave

Antología
© Francisco Massiani
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Gómez Guerrero
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Cuando pienso en Pancho Massiani

Cuando pienso en Pancho Massiani (Francisco, para los críticos literarios y otros desconocidos) pienso en ese personaje que protagoniza una célebre novela de Nikos Kazantzakis, que fue inmortalizado por Anthony Quinn en la versión cinematográfica, y que se llama Zorba, el Griego. Veo esa misma fuerza que no parece caber en un solo cuerpo y en una sola vida y que pone a ese cuerpo y a esa vida a bailar, con un tesón irreductible, la siempre fatigosa canción del tiempo. Pancho Massiani es un huracán de ternura, inteligencia y generosidad que transforma a sus amigos y a sus lectores, categorías que en su caso son prácticamente inseparables, en entrañables y agradecidos sobrevivientes de la experiencia que significa conocerlo y leerlo. Si quisiéramos nombrar esa experiencia, acuñarla con una palabra que la haga reconocible y única como una moneda extraña que pertenece a otros tiempos, creo que esa palabra o experiencia sería la del *derroche*. Un derroche transparente y espontáneo, que no se articula con los signos de la opulencia, sino más bien, y de allí todo su valor, desde la frugalidad del amor y la amistad, desde lo precario de una pobreza mochilera y quizás voluntaria pero nunca ostentosa, desde la felicidad plena que deviene en un total desprendimiento, desde la soledad discreta de algunos bares donde es costumbre compartir el silencio.

Testimonio de esta entrega son sus novelas y sus cuentos. No es casualidad que *Piedra de mar* (1968) su primera y más importante novela (con casi cuarenta años de andanza editorial y agotada en sucesivas ediciones y reimpressiones, y todavía fresca y todavía joven como su autor) sea, entre muchas posibles lecturas, la historia de una ofrenda secreta que el protagonista, Corcho, va madurando en esa improvisada crisálida que es el bolsillo de su pantalón. Un obsequio

que pule con el roce nervioso de sus dedos, un regalo que frota con el paño impaciente de una timidez furiosa y de una pasión contenida que no logra pronunciarse: esa pequeña y blanca y hermosa piedrita de mar que acompaña a Corcho en su breve Odisea de frustraciones y desencuentros y que finalmente le entrega a Kika, su repentina e inesperada cómplice de soledades. Tampoco es casualidad que el relato más conocido y celebrado de Pancho Massiani sea uno que se titula «Un regalo para Julia». En el caso de este relato, la entrega absoluta, el derroche a partir de la nada, se trunca en la no correspondencia, que en realidad es una ignorancia absoluta, del amor. Julia no sabe que Juan (en quien podemos ver al mismo Corcho de *Piedra de mar*, pues el boceto de este relato ya está planteado allí) está totalmente enamorado de ella; no sabe, y tampoco lo entendería, que ese pollito que Juan guarda en el bolsillo de su chaqueta es su regalo de cumpleaños; no sabe ni sabrá nunca que ese animalito, que ni siquiera puede ver o intuir, es una ilusión que se asfixia poco a poco entre sus dedos.

De manera simultánea a su trabajo como narrador, Massiani ha desarrollado una sostenida y reconocida trayectoria como dibujante. Artes que sigue practicando en la actualidad con el mismo fervor y el mismo acierto de siempre. En septiembre de este año recibió el premio de La Fundación para la Cultura Urbana de Caracas por su libro de relatos *Florencio y los pajaritos de Angelina su mujer*. Y hoy día, es frecuente ver a los amigos y consecuentes lectores de su obra, que lo visitan en su casa de La Florida, salir con uno de los muchos pasteles que dibuja en la tranquilidad de sus mañanas. Pasteles que, por ahora, trazan una y otra vez los contornos de una mujer que en cada lienzo es otra y la misma. Como si en esas piernas de color amarillo, en esas caderas de contornos violeta, en esos vientres generosos y difusos como un amanecer, estuviera delineada la figura de una mujer perdida. Aunque me inclino a pensar que esos pasteles en realidad

retratan un rostro y un cuerpo que son a su vez la suma de otros rostros y otros cuerpos, son un oleaje amoroso de la memoria que anuncia como en un sueño, porque la pintura también es sueño, los rasgos de una pasión que está por llegar o que ya se ha desatado secretamente. Y como un secreto caprichoso, como un tesoro mínimo e incomprensible, tan incomprensible y maravilloso como «guardar un caramelo que nos dieron hace diez años en una fiesta», Pancho Massiani ha guardado durante cuarenta años sus poemas para finalmente entregárnoslos en la algarabía reiterada de su lectura.

Este *Señor de la ternura* que al fin nos presenta Massiani es su primer libro de poemas. Sus páginas recogen una muestra importante de toda la poesía que ha escrito desde mediados de los sesenta hasta el presente y es también el abrebocas de un copioso imaginario vivencial y simbólico que, como todo verdadero arte, según lo planteado por Antonio Machado, ha sabido guarecerse, sin afanes ni impaciencias, en el alero del silencio y de la espera. Sólo en contadas ocasiones Massiani ha publicado algo de su poesía y sin embargo, esta escritura, es algo que lo ha acompañado toda su vida. Su primer poema, titulado «Puerto», se remonta a mayo de 1960, cuando tenía 16 años de edad, y fue escrito en un mural que realizó junto a un amigo, Quintín Centeno, en el Liceo Andrés Bello de Caracas, donde estudiaba. Una vez forjado el puerto, luego vendrían los viajes en barco a Europa, principalmente a Francia y España, y la escritura de buena parte de su obra narrativa. En 1968 publica la ya mencionada *Piedra de mar*, que es una referencia indispensable de la novelística venezolana contemporánea. También vendrían dos libros de relatos, *Las primeras hojas de la noche* (1970) y *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes* (1975); su segunda novela, *Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal* (1976), y dos nuevos conjuntos de cuentos, *Con agua en la piel* (1998) y *Florencio y los pajaritos de Angelina su mujer* (2005). Ya borrado de aquel mural y un tanto desdibujado en el tiempo,

aquel «Puerto» vuelve a brillar secretamente en junio del 2003, más de cuarenta años después, cuando Massiani publica en la revista «Arquitrave», dirigida por el poeta Harold Alvarado Tenorio, el poema «Macuto», que lleva el nombre de esa zona costera del litoral central donde vivió algunos de sus años más felices durante la década de los noventa. Más recientemente, en el primer semestre de 2005, la revista «Babel», dirigida por Juan Riquelme, publicó una selección de cinco poemas que, al igual que «Macuto», se encuentran reunidos en el presente volumen.

Es poco lo que yo pueda decir sobre los poemas de Pancho Massiani. Éstos hablan por sí mismos, erizan la piel y ablandan el corazón. Nos recuerdan o nos confirman que hemos estado vivos o que de hecho estamos vivos, o que en algún momento, y esta es la promesa tierna que guardan sus versos, lo estaremos. Son poemas que a su vez son postales que reconstruyen ambientes de algunas ciudades (Barcelona, París, Cádiz) que de una u otra manera el autor nunca ha abandonado. Son poemas y también son botellas cargadas de vino, cartas vidriosas que un naufrago lanza al mar. Son como esas piedritas blancas, hermosas y diminutas, que a veces se encuentran en las orillas de la playa, en el repliegue del agua y del tiempo, o en el cauce de algún río de la juventud. Pancho Massiani ha venido recolectándolas a través de los años, limpiando sus superficies planas y romas, para que la vida siga refulgiendo entre esas vetas azules, verdes, amarillas, rojas o violetas, que son las de sus poemas y también las de sus pasteles, y que quizás dibujan el eterno amanecer de nuestras eternas emociones.

Caracas, noviembre, 2005.

Rodrigo Blanco Calderón

Tristeza

Tristeza coja,
adelantada a unos pasos de mí.
Tristeza que busca la mesa más arrinconada del café
aparta la silla como para una vieja amante
y se sienta y acoda la cabeza en el ángulo más solo.
Tristeza perruna melancolía.
Tristeza de todos los días a las seis de la tarde
de todas las horas los domingos.

Una mujer enamorada

Una mujer enamorada camina de espaldas
o no avanza simplemente
el sueño de amor se ha dado a caminar
tan lejos que toca toda distancia
la mujer permanece
en el mismo lugar
fija de dicha.

Para dar con el amor

Para dar con el amor
es preciso conversar con el silencio.

Caminar sobre las palabras
con zapatillas de seda.
Tregar por los peldaños
del tiempo
y llegar hasta el final de la escalera
caer al abismo:
La arena más sólida y pura.

Vincent van Gogh

Vicente se encarama sobre un rayo
colérico
pinta de naranja el cielo
y hace morderse de locura
la luna y cada estrella
luego borra el cielo con un paño
y cae del vacío
al tiempo eterno.

La aldea

Alguna vez fue el amor corriendo entre las piedras
bajando por entre las patas de un becerro sediento
fiestas donde volaban gigantescos
instrumentos de cuerda
sobre el campanario de una pequeña iglesia:
arrodillado y lloroso pidió a Dios por el perdón
de toda locura que viniera del amor
por todo el odio perdido por amor
y pidió a Dios que de una vez
lo envenenara de alguna verdad
qué morder al salir de las puertas
añejas de lluvia y promesas.
Recordará a una vieja junto a un perro
los dorados horizontes bajo los ojos de felicidad
las flores que se hinchaban de luz
estallaban cantando la vida a su paso
y alguna que otra representación innecesaria
histrionismo inevitable
para así apartarse de tanta dicha
que lo abrasaba ahora.
Cosa de ver el puerto
y de correr sobre la terraza de un club
donde la adolescencia dejó besos escondidos
bajo una canción interminable.

Postales Barcelona

Desde esta esquina he visto pasar a un caballero
de capa y espada abrazado a una puta.

Han entrado en un lugar húmedo y oscuro.

Se han sentado, junto a los barriles de vino
y han pedido ajo y picadillo de hígado
y un platillo donde ya están hirviendo
los pequeños camarones.

Los he visto,

los he visto hablar un poco

él viene del mar aunque más bien parece
un capitán de artillería.

Ella vive en un cuarto cerca de este lugar donde
ya comienzan a comer y el hombre que los atiende
en mangas de camisa ha dejado un botellón de vino.

Las piedras se pulen con los tacones de las mujeres.

El viento que viene del mar choca entre las paredes
de esta calle estrecha y deja una resonancia eterna
un murmullo parecido al de una sábana

un paño que se alborota con el viento.

Colón se arrodilla y un pájaro azul se ahorca
en la plaza san Jaime. Tres romanos caminan
soportando el peso de una mujer dormida.

Ha sido acuchillada y la llevan a enterrar.

El enano que dibuja tigres y palomas
se ríe del caballo del boticario y
deja escapar los males del estómago.

Ciudad de putas y tierra de todos y de nadie.

Aquí han mordido el fruto de la vida
los gitanos y los griegos

algún chino loco
algún argentino de la pampa.
Aquí la mujer ha sido
amasada por millares de manos
de millares de naciones y banderas.
Aquí en el barrio gótico
en el barrio chino
en la calle del Conde del Asalto llora una vieja
que vende cigarros porque un maldito le dejó
caer una moneda de compasión. «Hijo de puta», grita.
Aparece no una niña, sino una teta. Una teta que
sale de una puerta roja. Una teta sólo. Y luego
cae un caballo. No un hombre. Sino un caballo.
Un caballo roto. Al revés. Con las patas quebradas.
La cola ceniza.
Los colmillos tienen aspecto de haberse molido
entre ellos mismos.

Postales de viaje Cádiz

Por el Cíclope
pelado y perfectamente redondo
aparecieron cuarenta y siete gallos enjaulados.
Yo pensé que Cádiz nos recibía cantando
despertándonos de la borrachera
que cargábamos desde París.
Dije al sueño
(creo que jugaba fútbol
creo que mataba un pájaro con una lanza
creo que volvía a ser el hombre elemental
de fuego y piedra y zamuros y frutas
regaladas por el mundo)
dije al sueño que no quería despertar
dije al sueño que no quería enloquecer
pero ahí estaba la millonada de gargantas
rajándose en un solo grito atronador
sacudiéndonos de la borrachera vieja de París.
Y cuando me asomé por la ventanilla
vi las plumas primero
las crestas después
me llené de algo parecido
a la primera mirada que debió dar el indio
a la armadura de un capitán español
o mejor la vez que salimos de las grutas
y nos enloquecimos de luz
o en todo caso el asombro y una sencilla
y difícil
y plena dicha.
Porque a veces la dicha llena los brazos
y las piernas y el estómago y el pecho

y los dedos de los pies
y no se queda helada en la frente
y no se queda fija como un paño
como una nube recortada y acostada sobre un lago
como una idea como una moneda
aplastada por la rueda de un ferrocarril
la dicha entonces es un movimiento de
sabores líquidos
de temperaturas que riegan todos
los órganos de tu cuerpo
con las plumas de los gallos de Cádiz
con el viento del puerto de Cádiz
con la iglesia abandonada de Cádiz
con la calle de los piratas de Cádiz
con las piedras saladas de Cádiz
con las olas furiosas de Cádiz.
Gallos como para llenar dos casas o tres
montaron sobre el barco
y partimos
y desde entonces
Andalucía vivió todo el día
y todas las madrugadas con nosotros.

Y fue el alba siempre sobre el mar.

Para hacer un retrato del Dome

Había un pintor borrachísimo
un día llegó a la barra del Dome con
una enorme tela
sin pintar
y pidió un trago de vino
y no se lo dieron
y se lo negaron
y lo botaron
pero el borracho no podía salir del Dome
nadie sabe cómo había logrado entrar con
una tela tan grande
una señora fue a buscar el pis y
se golpeó con el tambor de la tela
le sangró la frente
y mojó el cuadro en un pedazo de un
rincón del cuadro
y el marido furioso se levantó de la silla
y cuando fue a golpear al pintor
derribó una bandeja donde se llevaban
caracoles
y una botella de Saint Emisión
la botella estalló
el mozo perdió equilibrio
y la tela cayó al suelo con mozo y señora
y el perrito pekinés del marico Joan
pisó la tela
chilló
bajó Gilbert alborotado
entró un policía
Ivone se reía mordiéndose la pulsera de
nueces y cuando el mozo buscaba apoyo para

equilibrar el esqueleto
Ah entonces el tomate y el huevo duro
y luego los jamones y la borrachera porque
ríos de vinos y caracoles
nadaban sobre la alfombra
el cuadro
el enorme lienzo
ya estaba pintado
ya estaba organizadamente retratando cada
ojo cada
teta falsa
cada cadera modigliani
cada torso desnudo cada ojo vacío cada susto
Giacometti
salió le tela del Dome
caminó la tela por París
y se bebió una cerveza muy fría,
una Kronenberg
fresca
una garganta y una flauta
y un angelito
y un cielo.

Lo irrecuperable o postal de una fiesta en un bosque de París.

Un automóvil con las puertas abiertas.
Dentro del automóvil música con el volumen de
todos los truenos del mundo
de todos los volcanes de todos
los gritos
de todas las carcajadas
de todo lo que vibra
suena
golpea y tiene resonancia golpeando otra vez
el metal o el cristal de una copa de champaña.
El bosque ahora.
Oscuro.
Apenas con un soplido de luna o será un ángel
es posible.
Luego tres parejas.
Luego
el baile entre los árboles
alguien se pierde se encuentra lloran.
Son jóvenes.
Ninguno es imbécil y todos saben que no somos
eternos.
Que la fiesta será irrecuperable.
Se vomita se llora se ríe.
Se cierran las puertas del auto.
Y en algún puente,
nos detenemos melancólicos.
Alguien temblará con el nombre
de una mujer que vive en Viena.
Otro recordará una frase que halló debajo del

asiento, junto a un franco y un gancho de pelo.
Una mujer dirá que París es increíble.
Un barbudo dirá que provoca beberse el río
desmayar el miedo
impedir que llegue el día.
Otra mujer dijo qué lindo.
Un escultor que lee escondido
en una gaveta de noche
con tiempo cronometrado dice
Qué vaina, ¿no?
Yo sé que en aquel bosque
si una mujer y un hombre
se abrazan
y besan con vino la tierra
oirán otra vez la fiesta del Bois de Vincente.

Cádiz

¿Saben lo que ocurrió?
Ocurrió algo sencillo
y hermoso
como el trabajo de pulir un cuchillo.
Al llegar a Cádiz,
el puerto último de España
antes de tomar hacia Santa Cruz,
nos despertamos a las cinco de la mañana con
el canto de cientos y cientos de gallos.
Yo sentí que eran todos los gallos
que nos celebraban.
Y al mirar por la ventanilla de nuestro camarote
vi los cientos y cientos de gallos enjaulados.
Cientos y cientos de gallos andaluces
que viajarían con nosotros
que cantarían sobre nuestro camarote
en garganta y garganta y canto
y plumas alborotadas
sentiríamos un eterno
y crudo amanecer sobre el mar
y jamás sería la noche
y jamás sería la noche.
Hoy siento una gran nostalgia por los gallos
del querido y viejo buque Virginia del Churruca.

París

«Siento» dijo el barbudo del Dome a su amigo
el poeta ruso «que no puedo avanzar
que estoy viviendo en el pasado
que no logro morder la vida
de este presente
de esta barra que toco
y que me enfría
la mano y la copa de cerveza
que no puedo entrar en este momento
y pertenecerle.
El ruso de bebió un trago de vino de su copa.
El ruso sonrió. (Un diente picado.
Los lentes redondos)
El barbudo ya había bebido de su copa de cerveza.
«Será que sólo a la mujer le pertenece el presente.
El hombre es un pájaro
que anda buscando futuros locos
o escarbando en esa basura de recuerdos
que lleva sobre el hombro
pero la mujer sin el hombre no puede volar
y se aburre de estar tanto tiempo
en un solo pie
en un solo escalón
y el hombre sin la mujer
pierde peso
no puede rozar las hojas
sentir el fuego de la tierra
el latido del mar en la arena
el hombre sin la mujer
se vuela solo sin saber donde
y se quema

arde delirante
polilla imbécil
se deshace en el sol.
El barbudo por hablar había perdido la mirada
de cobija de leña y alfombra
de camita tibia y Vivaldi en la ventana nevada.
El barbudo había perdido
la mirada de cuerpo solo
de mujer herida por la limpieza de una sábana
de una cama sin compañía
por hablar el barbudo no advirtió
la mirada de la mujer que era la misma
del Metro o de la plaza La concorde o de
la rue Serpente
al darse vuelta sintió que la espalda
de la muchacha que salía
(de la muchacha cuando lo
miraba con calor de abrigo abrazo
en el metro Chapelle) tenía algo que ver con
el sillón vacío de la primera mesa del restaurante,
la muchacha por mirarlo tanto
al barbudo
no vio que había
algo brillante en el aire
que algo luminoso
la perseguía
que el barbudo arrojaba estrellas
por los ojos que
los dos se amaban flotantes
en el espeso y humoso
aire del Dome.

Para escribir un poema

Yo
saco mi colt
la hago danzar brillante en el cielo
y cuando encaja en mi
mano bandolera
disparo tres poemas
que serán tres palomas
que serán tres banderas
que serán tres sombreros
y tres conejos
y tres lunas
y veinticinco amores.
Fácil lograrlo
y he aquí una de las recomendaciones
para conseguir tal destreza
y exactitud en el manejo de mi colt:
beberse más de trescientos litros de cerveza
enamorarse por primera vez de una mujer
que te mira con lástima
ser el primer jugador de fútbol de tu equipo
pero errar el chute más importante,
el del último campeonato del año escolar.
Viajar más de once veces en barcos diferentes,
y en mares diferentes.
No llegar jamás al puerto
que uno imaginó que debía llegar.
Pero en cambio encontrar el amor
en cada uno de estos puertos equivocados.
Ser fuerte, buen atleta, pero llorar por ejemplo
porque vimos un anciano
cuando cruzaba entre millares de carros.

Levantar más de veinte kilos con un brazo
como si fuera una flor
no poder levantar el ánimo
cuando nos dan una flor.
Reír
a carcajadas
en una esquina de alguna ciudad
sin motivo
soñar a los veintiocho años
con llegar a ser el mejor escritor del mundo.
Tomar un lápiz
y en vez de escribir un poema
hacer un barquito
o una escalera
o una mosca
o un paraguas de sol
y aceptar de una vez por todas
que no hemos nacido todavía.
Hablar mal del mundo
y amarlo tanto
como a una caja de fósforos
guardar un caramelo que nos dieron
hace diez años en una fiesta.
Botar el dinero.
Luego, cambiar el orden de todo esto,
y repetirlo, es decir, vivirlo.
Por ejemplo
Es decir:
Donde se lee:
«Levantar más de veinte kilos con un brazo»,
vivirse como:

Levantar más de veinte brazos con un kilo.
Donde se lee:
«Y en vez de escribir un poema
hacer un barquito»
vivir o hacer lo posible por vivir:
«en vez de escribir un barquito
hacer un poema».
Luego comenzar otra vez
en algún rincón del mundo.

Camino

Aparece tu cuerpo viniendo hacia mí
y ya creo que has llegado
y que te has ido
como si tú pudieras ir y venir
con sólo mirarme
apenas si me miras un poco
desde allá
desde donde tú estás
hacia donde yo estoy
y ya puedes ir y venir
no habrán calles ni plazas
ni esquinas ni semáforos
ni relojes ni venir ni llegar
apenas tu cara y en mi lado
llenas la llegada
y la venida y la partida
con tu cara llenas mi lado
del lugar donde tú estás
donde los relojes son de espuma
ni calles ni esquinas ni pasos
hay un tiempo que viene
y va y regresa ya antes de llegar
y llega antes de partir
cuando apenas asomas tu cara
desde donde tú estás
tu cuerpo viniendo hacia mí.

Tablero en la arena

Y pensar que puedes dibujar en la arena
un cuadrado y trazar líneas
que le den salida a otros cuadrados
y dentro de cada cuadrado números
y sumar y restar y dividir y calcular
y todas las operaciones posibles
dentro de los juegos posibles de jugar
con cada número
y otro con cada cuadrado y otro
y pasar TODA UNA VIDA PASAR
toda una vida pensando en las combinaciones
aritméticas posibles que pueda permitir el juego
del cuadrado y los números
TODA UNA VIDA jugando en la arena
con los números
y pensar que puedes pasar toda una vida
pensando y jugando y los números
y el siete cuarenta y tres y treinta
y siete por ocho en la arena.
Y PENSAR QUE HAY VIDAS ENTERAS
QUE SE PIERDEN
enteras que se gastan
que se pierden que se mueren que se
van jugando con aquel tablero en la arena.

Recomendaciones

Hacer una estrella de papel
jugar con la arena
para que se escurra
entre los dedos el mar
entregar un caramelo
a una señora de paraguas
ponerse de pie
cuando pasen los perros
dar una moneda al viento
un beso a la nada
un abrazo completo
a la mujer perdida
y convertida en árbol
estrella y arena
y mar y beso
y nada y estrella
buscarla
y amarla íntegra
para no cometer nuevamente
la estupidez de sentirse eterno.

Tu sonrisa ciñe una fiesta

Tu sonrisa ciñe una fiesta:
sobre el césped de una cancha de fútbol
una cancha de fútbol vacía
pesa el cuerpo desnudo de una mujer.
La piel es blanca.
Con los muslos
aprieta el pistilo de una flor
que descansa sobre el pubis.
De un cielo lavado
llueven limones y naranjas

**Rue Castagnary, 35, París 15,
metro Porte de Vanves**

Abrirte la carne para sembrar
alguna cosa sencilla
digamos que un botón de mi camisa
o una estampilla llegada de Roma.

Abrirte la carne
para sembrar
una palabra
o una estrella.
O incluso si la herida es grande
una gran botella de cerveza.

Claro que no queremos hijos alcohólicos
tampoco campanas con piernas y frente.

Pero es que de golpe
uno se te queda mirando
y pareces de nada, te lo juro, hay que tocarte
entonces, digamos que un beso o una nalgada o
un grito a la boca
para sentirte ahí,
en cualquier museo histórico que adivinas
en esta pobre habitación de estudiante con beca
de doscientos cincuenta dólares en París.

Vino la noche

Vino la noche como nunca
porque
tú abriste los ojos.
Los caminos se abrieron en la piel
de tus párpados.
Y desde ahí, asombrados
contemplamos el
eclipse del último sol de tus pupilas.

Y al llegar la noche
recordé que alguna vez dijiste: Mira
tú tienes las manos hermosas.
Era lo único bueno de mí.
Pero era ya de noche,
para mirarse las manos.

Entonces le conté de ti al miedo
le hablé con estas palabras:
hoy vino la noche peor
hoy vino más noche que nunca.
Tú abriste los ojos
y los caminos se abrieron
en la piel de tus párpados.

Frente al mar

Estaban sentados
frente al mar
y él vio su mano
muy lejos
muy extraña
muy distinta
a todo.
En la espera de yo tomarte
la mano
crece la muerte, dijo él.
Esto no es la felicidad.
No, dijo ella.
Pero somos felices
Y entonces vieron
el mar.

Dormiré con tus pies

Dormiré con tus pies
para ver
el amanecer
de tus ojos.
Besaré tus pechos
morderé tus muslos
tu vientre
besaré tus pies
para saber
que estuve muerto
que estoy vivo.

Para Mina

Tus manos
de niña
encontradas
en una piñata
tus pies
que no tocan
el mundo
tu cuerpo
que no camina
que no es cuerpo
inmóvil
apenas el aire
tu boca
de primavera
tus ojos
de primavera
tu llanto
en tus manos
y eres tan tú.

Mediodía del trópico

Señor de la ternura
arroje usted ese paraguas
y hunda, con su dedo, la piel del sol:
la transparencia de las hojas quemadas
inundarán un verano de cuerpos
melancólicos y olvidados.
Podrá amarse sin ganarle al tiempo
una pulgada de espera
será una alegría inmóvil
una ola que se envuelve en sí
para desaparecer sobre la arena
o convertirse en un punto brillante
una respiración de paz
el mar no abrazará distancias
en los ojos de mi amada.

Lleno de ti

Lleno de ti
con tu vientre hinchado de promesas
acepto que no soy
nada.

En una mesa de café

En una mesa de café
cerca de un árbol
un hombre y una mujer, se miran a los ojos
y observan la lluvia, y la cabeza de una nube
asomada en un pozo de agua.

La mano del hombre está abierta, contra el cielo
la mano de la mujer está abierta, contra el cielo.
El hombre, mira a la mujer,
y se oculta en túneles de sombra.
La mujer, siente, entonces que,
las manos ahora están, unidas.

En el vacío de las manos, amantes,
dos ángeles, surgen, modelados por Dios,
con alas derrotadas.
Los ángeles despiertan. Se miran.
Uno de ellos, le habla al otro, le dice:
-Si pudiéramos salvarlos.
-Si quisieran salvarse –dice el otro, y el primero enciende un
cigarrillo en su ala vagabunda.
Fuma, lentamente.
Más bien deja escapar el humo, y tiembla, de placer, bajo la
intimidad nueva del cigarrillo.
Le dice al segundo:
-Juguemos a las cartas. Ellos no saben,
que existe la tristeza. Juguemos a las cartas.
Decidirán su suerte. Ellos no saben que el tiempo
no tomará en cuenta,
el día en que fueron felices. Juega.
-Es mejor esperar –dijo el segundo.

-Es mejor esperar que se conozcan sus ambiciones.
El ángel primero, dejó el cigarro,
y le explicó al segundo:
-Los deseos son millones.
La suma de ellos, fija en cada ojo, la última carta. Quien
ame más, tendrá más caras, y más ojos.
Es muy difícil jugar de ese modo:
ahora ellos lo quieren todo. Ven.
Echa la primera carta.
-Espera -respondió el segundo:
creo que se dicen algo. Los dos ángeles,
enmudecieron, y oyeron la voz del hombre:
-¿Estás bien?
La voz de la mujer entonces:
-Sí. Muy bien. ¿Y tú?
La voz del hombre no se escuchó,
sino después de un rato largo:
-También. No te preocupes.
-¿Oíste? -preguntó el ángel segundo.
-¿Lo oíste bien?
-Suficiente -respondió el ángel primero.
-El hombre duda. Es la costumbre de soñar.
La mujer ahora no sueña: fíjate.
Mira a los ojos del hombre y duerme, tranquila.
En cambio el hombre sufre. Es la costumbre.
No ha dejado de soñar.
-Pero tú decías que la mujer...
-Te lo dije y es cierto.
Pero el sueño de la mujer yace prisionero
en los pliegues, de los párpados, del hombre.
¿Comprendes? El hombre sueña doblemente:

por eso duda. Por eso, está fatigado.
Y ahora, vamos a decidir la suerte:
es la única esperanza. Tomarás tres cartas.
Si alguna de ellas es la reina,
será el sueño del hombre, quien lo dirá todo.
Pero será el sueño prisionero. ¿Comprendes?
-Tomarás tres cartas. Pero sin mirarlas.
Dejarás una, sobre la mesa. Si es reina,
el sueño prisionero dirá la palabra.
Si es rey, será la parte que le corresponde al hombre. ¿Estás
de acuerdo?
-Sí –respondió el ángel, asustado.
-Puedes tomarte el tiempo que quieras.
¿Alguna pregunta?
-Si no es reina y si no es rey,
¿quién juzgará la suerte?
-La lluvia.
El segundo ángel tomó las tres cartas.
Tomó una de ellas y la dejó en la mesa,
sin descubrirle el rostro.
Al ver que el primer ángel fue a voltearla, le dijo:
-Espera. Espera a que se tomen el café.
Acaban de llegar. Es muy temprano.
Es muy temprano aún. Y son muy jóvenes.
El primer ángel se sentó a esperar,
y el segundo inquieto sacudió las alas.
Le dijo al primero:
-Ábrela. Estoy asustado. Ábrela de una vez por todas.
El primer ángel descubrió la carta
y encontró una espada:
-No es reina. Tampoco es rey. Será la lluvia –dijo,

y vio que el ángel segundo se cubría la cara,
manchada de lágrimas. Pensó:
«Si yo pudiera atrapar una estrella, y vaciarla de luz, sobre el
camino donde contemplaron asombrados
el eclipse del último sol de sus pupilas.
Si yo pudiera ser el tiempo, ahora
cuando la mujer, busca la mano del hombre
y le cuenta los cinco dedos,
esforzándose en vano, en unir el rompecabeza
de la sonrisa despedazada.
Si yo pudiera, desenterrar el sueño
que yace prisionero en los pliegues
de los párpados del hombre

Encender para siempre el calor
en los lunares de los senos
y el alimento en la gruta vacía de la mujer
la voz del hombre se escuchó como un eco,
y los ángeles despertaron:
-Creo que es tarde. Y ha dejado de llover.
Si quieres te llevo.
-Como quieras –dijo la mujer.
-Entonces vámonos. Es tarde. Te están esperando.

Pagaron, y al levantarse de la mesa,
las manos se separaron.
Y los ángeles desaparecieron, en el mantel blanco. Antes de
abandonar el café,
la mujer le dijo al hombre:
-Quiero que me digas si aún me amas.
-¿Por qué lo quieres saber? De todos modos es igual: no hay

tiempo para amarse.

-Dilo de todos modos.

-Sí. Aún te quiero.

La mujer se detuvo. Apoyó el hombro sobre un árbol,
y lloró, libremente, sin esperanzas.

La mano del hombre cubrió la pequeña de la mujer.

Y nuevamente surgieron, difícilmente,

en el oscuro vacío de las dos manos,

los ángeles resucitados. Se saludaron.

El segundo aún sufría por la suerte de los amantes.

Y le dijo al otro:

-Ya ves. Dejó de llover.

Si pudiéramos al menos encontrar

una muerte común. Una muerte común,

para la muerte inevitable del hombre de la mujer.

Para la inevitable muerte...

Los amantes se besaron. La mujer le dijo al hombre:

-Es demasiado hermoso para despedirse.

Y el hombre bajó la cabeza, en el ángulo más solo.

El ángel segundo le dijo al ángel primero:

-Fíjate. La vida parece buscar la vida.

Y la muerte parece buscar la muerte.

Pero a veces encuentra la vida.

En el ángulo más solo.

Pensando en la muerte.

Poema de un golpe

Hoy no tengo ganas
ni siquiera
de verme en el espejo
amarme
recordarme
hacer muecas
cambiarme la cara

Es preguntarle si estoy de pie
si he vivido
tener antepasados

Hoy no tengo ganas
ni de aburrirme
ni de hacer palabras
ni de sufrir
ni de darle sentido al cafecito
al cafecito con los cigarros

Es casi no tener alma.

Oye vida

No habían pájaros en las ramas
no habían nubes que dorar sobre
la tierra
era una luna perfecta
para hinchar el vientre de
la mujer
para sembrarle una rosa
en el pecho
y en los ojos
una fogata.

Cecilia

Cecilia.

En tu ventana

sólo hay un saludo de silencio

ya no recibe el canto de la madrugada

el estallido de los pájaros sobre las hojas

el día con los dedos entrelazados con tus dedos

tu cabeza dulcemente dormida

sin ti.

Elena

Elena:
Siempre el mundo
ha poseído abierto un ojo
al mar
es el tuyo.

**Segundo poema de un señor que tiene
el hígado inflamado (Muy temprano
cuando el mundo asoma la nariz
colorada de muy borrachín)**

Temprano el mundo
asoma su punta de nariz borracha
algunos almacenes bostezan y abren las gargantas
un ciclista se desliza cerca de mi dormitorio
y sobre una cuerda
los políticos
con zapatillas de seda
y tabacos de plástico
danzan
y juegan al ajedrez
del mundo
que los mira
con la nariz colorada
asomada en la esquina del lechero
un niño grande con orejas de plomo y labios rojos
y párpados acuáticos
se pregunta
qué será de la ternura
y el loco
(el ciclista de azul)
le silba desde un horizonte
norte o sur
y como no le escucha
sigue su camino hacia otra región del universo.

Ya no podría entrar en ti

Ya no podría entrar en ti
en tu gruta no habría más apetito
quizá Dios ya no dormía acurrucado
entre tus piernas.
Ya no habrían lunares tímidos que contar
en tus pechitos.
Ah! El apetito de vida se fugaba entre mis dedos
caía tembloroso en la tierra
sembraría por su cuenta
un ramillete de flores o
se dejaría tragar por la huella de tu
nombre. Esa huella que se abrió de tanto
mirar yo la tierra sonando tu nombre entre
mis labios
hueca inútil el eco
de tu nombre vacío:
fue ahí entonces donde asustado
puse el pie (quería correr, quería correr)
y caí en un abismo de nada.

En la hora del odio

En la hora del odio
cuando las agujas se detienen
en el mismo lugar del fuego
cuando el sol es una aguja
que pincha la pupila
y se derrite en tu espalda
ardiendo cuando los pájaros se queman
en el aire y caen sobre el techo
hecho de cadáveres
llega la inútil poesía con un ti en la sien.

En el momento de los cigarrillos
multiplicados con la misma acidez
cuando el aire tiene olor a murciélago
y a cabellos achicharrados
cuando los niños son entregados en la hoguera
a fin de alimentar el verano asesino
este maldito verano de mi país
cuando son entregados los trofeos
en el rito de la muerte
y caen orejas y brazos y manos
y labios y cabezas en la hoguera
llega inválida y cojeando la puerca poesía
o con un tiro en la sien.

O cuando la lluvia inicia su paseo matutino
arrastrando las huellas cansadas
y limpiando la máscara de acero
que cubre indiferente nuestra
maldita ciudad
cuando la lluvia se muerde con los cigarros

y se detiene a figurar las nubes rotas
y asustadas llega cojeando a toda prisa
la inútil poesía con un tiro en la sien.

○ cuando te desprecias
en la hora donde las horas
se unen en un mismo punto
en el mismo deseo de desaparecer
en la hora condenada al fuego lento de la rabia
y el cuchillo en la carne inocente de cualquiera
o cuando es en la tarde
y el sol está rojo de vergüenza
por tanta ternura consumida
por tanta ternura caída
o cuando es de mañana
y vuelve el día con sus
martillazos en los dedos
o cuando más gustes desgraciado
el caso es que llega
la inútil poesía
cojeando
o con un tiro en la sien.

Y escribes poesía
ya viejas de tanto cantar con la misma garganta
acostumbradas a ceder en el mismo miedo
caen dos y cuatro y hasta cinco poemas
y el último con un tiro en la sien
ardiendo de sol en el lugar
donde sangra.

Y aquel viaje de Gallos marinos

¿Qué será de los hermosos gallos que alguna vez cuando llegamos a Cádiz enloquecieron la lógica del tiempo y de la naturaleza al trepar los cuarenta y siete cantando como una sola voz temblorosa y febril al destartalado Virginia del Churruca? Qué broma más hermosa resultaba la del divino Padre al encender de cantos dorados el mar eterno a nuestros pies y uno que confiaba siempre en la historia del mundo redondo los gatos son felinos y un canario cuando canta se le dice que trina. Seguramente no desconocen la mirada de un joven burlón que se bañaba de cerveza cuando el horizonte era a la vez más lejano y más palpable en el infinito. Seguramente recordarán la mirada de una mujer dorada por el sol del invierno que ahora se empapaba de la gloria de ser adueñada por el cobre caribe. Ah! Y los gritos de júbilo si algún puerto nos buscaba con los ojos y entonces era seguramente de noche y los marineros hinchaban el pecho con el recuerdo de alguna mujer, de alguna puta sabia que los esperaba. Virginia del Churruca, disparatado barquito con cuatrocientos gallos a cuestas, un poeta descalabradamente irracional y una mujer que lo perseguía día y noche para que no se zambullera otra vez en una nueva odisea de tragos. Loco y los gallos cantando y el mar temblando alrededor de peces y vacas flotantes y si, hay que recordarlo, al vagabundo dueño del bisturí que decía haber amado a cientos de mujeres en viajes tan increíbles como el de los gallos marinos.

Rue Castagnary

Sería el griego jugador de maquinistas
Apóstolis que soñaba con un mar más limpio
y azul para las islas mientras recibía con furia
el helado invierno de la Castagnary
asombrado de perder dos y más juegos tanto
era su deseo de ganar un mejor tiempo para su país
y los árabes, habrá que tomarlos en cuenta:
el crudo mal olor del sudor de los árabes
que tomaban una vez al mes la ducha caliente
pública donde las razas no se mezclaban
por amor sino por el olor
que brotaba del vapor que crecía
con la ardiente ducha.

Apóstoles apostando en la maquinista
y la vieja Janine preguntando si había
buen tiempo hoy si ayer era malo
o hermoso a la vez que jugaba a ser madre
otra vez dándole a la gigantesca y parida perra
otro terroncito de azúcar, mi amor,
toma tu pedacito de azúcar, linda.
Ah sí, diría el alcoholizado corzo,
el tiempo es malo, diría el viejo
alcoholizado corzo, y nosotros que entrábamos
y pedíamos una copita
de coñac y otra cosa, sí muy bien,
un jugo de naranja para la señora, ¿verdad?
Alguna vez se vivió un film de suspenso al sorprender cinco
granujas que esperaban asesinar el único amor vivo de la rue
Castagnary. Bajo el puente.
Cerca del Metro.
Pero esa vez el azar necesitaba de la ternura

salvó a los enamorados
tal vez necesitaba de la ternura
de ambos para jugarle una zancadilla
al pobre anciano que perdería el equilibrio
en los mortuorios escalones de la boca
de un lejano Metro.
Cuestión de cara y sello y del negro
y blanco y del cielo azul
y del opaco gris que ahora nos sobrecogía
con la aparición del nuevo y crudo
y despiadado invierno de París
en la rue Castagnary.

Deux roug ordinaire

Difícil será olvidar la pareja de ancianas que vendían flores en la rue Vaugirard. Se situaban frente a la entrada del Metro.

Una era Janine, alta, usaba una bata de sacerdote y el cabello era tan suave y blanco como el más delicado algodón. La otra, diminuta, enana la pobre, fumaba y arrojaba su humo de locomotora y tosía y cuidaba de sus flores tanto que lamentaba venderlas, porque eran sus hijas, su familia, lo único hermoso que poseía; así como la vieja Janine cuidaba de la perra del café de los ancianos. Eran muy amigas las dos y conversaban mucho mientras se frotaban las manos, rojas, sangrientas, por el invierno. Las dos botando el humo del calor de la boca, la enana con el calor de la boca o el humo del cigarro. Y las dos,

«iMon Dieu, il fait froid, n'est pas!». Las flores y la perra.

Una extraña familia para esas solitarias viejecitas de la de rue Vaugirard. Lo más curioso es que la enana vendía muy poco sus flores, y parecía muy agradecida de la providencia cuando, junto con la hermosa Janine, recogían las flores, y volvían al café, «iMon Dieu, il fait froid!», frotándose las manos heridas de frío, a buscar el calor del café de los

ancianos donde esperaba la petite de Janine, acostada, parida como para reproducir centenares de petits en todo París, ansiosa del tierno sucre, Vien ma petite, ma pouvre petite, tien ma petite, darle su terroncito a la pobre y vieja perra. «Deux roug ordinaire, Monsieur».

Nunca en este café

Nunca antes habían pesado menos
las mesas en la tierra
nunca habían sido más cuadradas
nunca tan separadas y tan limpias
nunca las mesas habían sido tan parecidas
en este café de esta maldita tarde
cuando pienso y siento
que nadie puede ayudarme
que nadie puede ayudarme
que ni siquiera yo quiero ayudarme nunca.

Poema de pascua escrito bajo la acción
de cinco vasos de Old Rarity y algunas
canciones francesas tales como
Un jour tu verais, etc.

I

Poeta de los ojos de espalda
tú le diste una rosa a una mujer
que quería regalarte una sombra de pornografía.
Con el hombro mío tu hombro
nostálgico y borracho
lleno de lunas en la boca cuando bebías
y amabas más el norte de aquel poema
de Eluard que la rica compañía
de aquella muchacha de cartel
de aquel cuerpo desnudándose por obra
de la General Company
o bien porque le daba la gana de señalar cuantos
culos podía tener esa noche
una reproducción de la guernica
un óleo cortado de Baudelaire
tristeza de puño y letra
palabra que no se acaba nunca
yo pensaba regalarle este poema de pascua
que lleva ya en el lomo cinco vasos de whisky
y los que faltan pero es tan deprimente
que no me queda más que pedirle
que recuerde alguna estrella de Apollinaire
algún fuego para esta noche que se acerca
dulcemente alcohólicamente
Camilo, un abrazo viejo, chau.

III

Yo debo estar borracho y aterrado
y pensando en mil demonios
yo debo estar con ganas de volverme bicicleta
y salir disparado para Notre-Dame
para volarle a los turistas pedacitos de chicles
pedacitos de palabras
pedacitos
yo debo estar bien borracho ya lo decía el amigo
que entró en casa para robarme la paz
de beber en paz y emborracharme
como me dé la gana porque no quedó otra salida
que buscar un papel
y una máquina y añorar
alguna sirvienta enamorada en el Perú
o una princesa de Orleáns
que ande descalza con una copa de Bordeaux
silbando la marsellesa y llorándole a los postes
y sin un pequeño hipo
diminuto como su meñique
ahorcado entre millares de fiestas
ahorcado por recepciones
y hojillas Gillet
y mandarinas vendidas a dos por uva en el Hatillo
una dinamarquesa debe estar llorando
en algún sombrero de cordobés
un pájaro debe estar gritando que le den coñac
una vaca debe estar meada de cerveza
yo debo estar borracho
porque sólo añoro un barquito a vela
que peine al viento y deshaga las olas de algún puerto
embriagado de acordeón

y tallarines, Salud! amigo
si no quiere beber siga a su casa.
Yo aquí estoy a punto de tanta porosa vida de tanta
pelotuda tristeza de tantas ganas de hacerme una mueca con
la pluma
Chesterfield que me regalaron
como buen muchachito en Pascuas.
Oh Carajo!
¿Y te acuerdas Conde D'Jesús
cuando llorábamos los platos únicos
de aquel hambriento invierno
allá en París con el Indú Tarix
y mis recuerdos del perro de casa
que podía llevarse un camión?

Pues bien:
El pobre perro me lo mataron
dos herederas de Hollywood en
un Studebaker año de nacimiento
de la futura guerra mundial.

IV

Esto desde luego no lo entendía el amigo
que entró a joderme
el silencio que tan cariñosamente tejen las arañitas aun no
cepilladas
por usos de higiene en mi casa.
Esto desde luego tampoco debe tener
nada que ver con algún rostro
desaparecido en una estación del Norte
un Madrid apestado a Rioja y a sueño
algún Madrid debe estar para volarle los ojos al mundo si es
que me acuerdo de él tan borrachamente
hoy y que así sea!!!
Ah! dime tú, compañera de casualidades
no compartidas, ¿a dónde ibas?
¿Ibas a Madrid a Zaragoza a Toledo a Villalba?
¿Qué cargabas en aquel peso de maravilla
que señalaba otro par de pechos innecesarios
en tu espalda? Dime, ¿a dónde mirabas
cuando me mirabas a mí?
Dime, oye tú, que ya sabe quien dónde estarás ahora.
Moi, je te regarde, y te doy un naipe
para que lo regales al gato:
Dicen por ahí que el azar está en los ojos
de esos brujos queridos.

V

(Continúo el poema por soledad y por una extraña sensación de estar en compañía de algún amado loco, como tantos que tú conoces en revistas y fotografías de Historia y tan nada pudiste saber de él, cabrón!

¡Que no levanten la mano y me señalen porque no me conocieron!

¡Que no me digan que soy yo, el que estuve bebiendo un día con ustedes!

Que no hablen de mí porque era otro:

La mujer que añoraba

El perro que me hacía una falta del carajo allá en la plaza cerca del café Dantón una vez

que entró un negro que debía venir de Haití le dijo a una muchacha portuguesa o alemana (consultar geografía de París)

que si tenía una moneda, un Sou, que le regalase

y la muchacha volteó los ojos hacia mí

y yo le di un beso pero el negro se puso arrecho

y me pidió que saliera a la calle

y le dije que no porque tenía un frío hereje)

Hay tardes...

Hay tardes
que las manos de la ausencia
una rosa
sola
sin jardín
me roban el alma
la cabeza
se me cae a los pies.

Es irremediable...

Es irremediable;
Cuando tienes los ojos abiertos
apareciendo en la memoria de mis manos
el color de tus senos
el sudor de tus senos
entonces te lo mereces todo
Triste
sí
fatalmente
creo el mundo solamente tuyo.

Mi vida hoy fue un traje de fiesta

Mi vida hoy fue un traje de fiesta
lo llevé descubierto
a las plazas y a las ciudades
de los compañeros accidentes
Con un gota de vino
en el centro
manché mi triste corazón
y hundiendo mi dedo más sincero
el que señala rumbos desconocidos oí
soy seguro de haber escuchado en el agujero
la canción
el himno de un circo
emigrando a nuestra memoria común
soles pronunciando frases tímidas
tu piel palabras transpiradas
nubes
murmullos salivares
y árboles donde
 como ramas
nuestras manos fueron tristes.

Juego del tiempo

Pensemos en el presente
ya demasiado viejos
ya ni el pasado
ni el presente
nos pertenece

Mayo, 1994

Para colmo la gente esperando...

Para colmo la gente esperando la muerte
o la vida que es lo mismo en vez de
salir corriendo con un niño de flor con un
dedo de agua con alguna señal
que estalle todas las falsas señales que nos han
arrastrado a esta locura
no sabemos ni contar con los dedos, Camilo,
y nos piden que sepamos amar
nos piden
que sepamos decir buenos días
que sepamos
cómo se despide un señor de una fiesta
nos piden
que sepamos sonreír
y amar al prójimo como a ti mismo
y todo lo recuerdes de las tiras cómicas de
Charles Chaplin
y compañía.
¡Sea la vida como a sí misma!
Sea la vida
sea la
vida
en todo caso montarse
en el último piso del edificio que menos
apeste a civilización y arrojar
un jarrón de monedas de todos los países
como una protesta.
Pero que no sirva esa protesta para nada.

Amoral de...

Amoral de mí
mujer
y un miedo terrible
de haber perdido la conciencia y la memoria
como los cuerpos
fatigados del mediodía.

Brotaron en mí
desesperadas
las manos salvajes del hombre
y te hicieron de su sombra.

Dime papá...

Dime papá
¿sufres tú cuando yo lo hago
te dueles tú cuando me duelo
te sacudes
lloras cuando ella no sonrío y me desprecia
no me desnudan sus manos
sus ojos?

Porque ¿sabes?
Yo cuando te dan en las canas me escondo de ti
de mí
y me pongo a llorar
así cuando era niño
así hoy

Dime papá
¿Eres tú padre mío
o soy yo el padre y tú el hijo?

Abandono de estar...

Abandono de estar
en un silla
donde caigan tus brazos
la melancolía
de las tardes de aguacero
sobre tu vientre
los diarios
anunciando guerras
cuando había un beso
persiguiendo la mala madrugada.
Tu cabeza sola
como un pedazo de escultura deshecha
a mi lado
respirando
agua
y tormento
por no amar
el mar
que es tan grande

Viento al sol... (Cristina)

Viento al sol
luna de invierno
tus piernas en el buque
tus manos entre las mías
tu sonrisa: la vida pura y sin miedo.

Nunca creíamos que el tiempo...

Nunca creíamos que el tiempo
que los días
no tomarían en cuenta
el día que nuestra desprevenida juventud
nos azotó de dicha.

Eso pensé y miré otra vez
mis manos con miedo
mis manos
dos pedazos de sombra temblando
de miedo.

Me llevé un dedo a la boca
para tocármela
y sentir que aún podía besar
sentir otra vez el calor dulce
de una canción de amor
en fuego
de una canción de amor en llamas
de una fogata en la playa
porque eso era tu beso:
el calor dulce de una canción de amor
en llamas de una fogata en la playa.

Me llevé un dedo a la boca y
recordé tus besos. En la otra mano
no había ya el sudor de un mediodía
que juntamos
el sol íntegro
con nuestros cuerpos.

Y un día que...

Y un día que
había nubes
se perdió un niño
y lo buscaron
buscaron días de todas horas
y lo hallaron
dormido
en un árbol
con una nube
en la frente
 sonreído, casi
sin despertar.

En la espera...

En la espera de yo tomarte la mano
crece la muerte.

Amo, luego existo

Hoy
mientras un taxi se llenaba
(los cristales del taxi eran invisibles
y daban paso al mundo)
arrastraba mejor dicho con las nubes
las trepidaciones de los tubos de escape
y el humo de cientos de automóviles
pensando en una sencilla frase
como esa del viejo Descartes
pienso luego existo
mirando (encantado mejor dicho mi cuerpo)
las piernas de una mujer hecha con gracia
con hermosas tetas
y un maravilloso culo
con una cara perfecta
una piel que jamás podría decirse que fue
estropeada por miserables inviernos europeos
digo una piel (dicen que la humedad de Europa
es buena para la piel) expuesta al sol, los ríos,
las playas, los amores
y también seguramente las amargas horas de espera
en algún estúpido liceo o alguna mediocre universidad
esa piel que jamás debería dejar que la tocara
la innecesaria sabiduría de los profesorcillos
que más bien habría que dejarla libre al sol
y bañarla con un buen jabón americano
(el taxi llenándose de nubes y yo admirando
ese segundo de perfecta vida que sudaba
en cada poro de aquella mujer)
y luego amarla
hasta perder el sentido

(porque sencillamente el exceso de belleza
es sencillamente insoportable cuando se vive en una ciudad
hecha de ruidos y brutalidad como la nuestra)
pensando yo en el señor Descartes
y habiendo abandonado
dos camaradas que bebían (disfrutaban)
de dos deliciosas cervezas marca Polar
(porque la Zulia sencillamente es insoportable)
pensando en pienso yo existo
y recordando lo que era yo en ese momento
me dije entonces que yo era un montón de gente
que quería alguna mujer por la que había sufrido
al ser olvidado o abandonado por ella
alguna mujer por la que había llorado
(escondido en el baño de su casa o frente a su mirada
importándome tres cojones que me vieran llorar)
por haber sentido de su cuerpo antes
y después de su voz que ella me amaba tanto
como yo la amaba (cosa imposible)
pero importándome (imposible o no)
que fuera cierto
agradecido hasta las uñas de los pelos
y los pelos de las uñas
por sentirla presente y viva
viva y respirando en la vida
viviendo el amor
sintiendo el aire de alguna madrugada
no en mi piel sino en la suya
oliendo la noche de septiembre
no en las fragancias que emanaban
de la tierra húmeda

de un octubre en alguna colina de El Hatillo
sino en los olores reales de su carne
(su carne penetrada por la hierba húmeda
antes de haber sido penetrada o ganada
por un hambriento falo que era mi vida
en ese momento)
pensando en Descartes
y procurando
recordarme
a mí no dejaba de verme en todo momento
amando o sufriendo con un diente
a punto de morder la ternura
de un colmillo a punto de enterrarse
en la ternura con todos los dientes
y los dedos de mi mano corsaria
de mi mano hecha para amar (no para pensar)
no dejaba de verlos es decir
de verlos a todos aquellos seres
que yo de una manera u otra había conocido
había amado o había despreciado por traición
(porque me he entregado y me duele sentir
que hay traidores y eso duele)
que había admirado o sencillamente querido
para no ser tan vehemente
me di cuenta entonces que yo
no era más que una familia
que mi vida se había encargado de reunir
una familia bastante extraña por cierto
si pensamos que de pronto
no había sólo un padre o una sola madre
que además de la primera y única

había también otras hermosas madres
o maravillosos amigos que por cinco minutos
(y hay que ver lo que son cinco minutos de vida)
habían sido mi padre
eran de pronto mi hermano
o mi hermana
quiero decir que después de verlos y sentirlos
y admirarlos o sentir esa lamentable tristeza
por haberlos visto caer en la mentira
en la adulación
en el falso abrazo
en la bribonería
en una puta y falsa existencia
(sintiendo tristeza por eso)
después de haber
tocado casi el pecho de una mujer
que me dejó o la otra a quien dejé por imbécil
me di cuenta de que yo no era
nada sin ellos
y entonces me dije que esa vaina
de yo pienso luego existo
era un disparate
que uno amaba y luego existía
porque de verdad
me ha ocurrido que he respirado
que he ido al baño en un espantoso urinario
de un sórdido bar donde el baño
se transforma en pizarra de desdichados
y atorrantes de felices o simplemente gente
que llega a beberse un traguito
por Dios que eso no es tan malo

con una mano apoyada en el muro
sin tocarlo mucho de lo
lleno de asco que está
levantando la tapa con la punta del zapato
para no tocar tanto asco
oliendo la orina de todos los seres del mundo
leyendo sin advertir que se está leyendo
que los gringos son hijos de puta
que la fulana es puta
y que el otro es traidor
o bien esos letreritos
«Sonríe que te están viendo»
preguntándose uno mientras orina
por qué diablos aquel defensa tenía que patearlo
a uno de esa manera ya que uno había hecho
un juego limpio durante los cuarenta
y tanto mil millones de respiradas sobre la cancha
por qué Margot me dijo que yo era un desgraciado
que no tenía sino malas intenciones
por qué Chile está jodido con ese maldito criminal
de mierda leyendo a la vez «te están televisando»
por qué tendré que quedarme bebiendo
con estos miserables
en vez de volver a la casa y besar a mi hermosa
y fresca mujer su piel que es
como tocar la infancia
su piel Dios mío
tan distinta a esa inmensa porquería
uno completamente enloquecido
sin saber por qué diablos está llorando
con una mano sobre un muro

repleto de obscenidades
y hasta frasecitas graciosas «te están viendo»
respirando la orina de todos los borrachos del planeta
en vez de oler la sábana limpia
la carne joven de tu amada
imaginando que uno tiene un escuadrón
de superjets de guerra y hace pedazos
a los hijos de la gran puta que están cagando
mi Chile y he salido del bar a la calle
y he esperado un taxi que luego se llenará de nubes
y pasará (arrastrará) la belleza de una muchacha
parada en cualquier esquina de esta horrible ciudad
de concreto y ruidos y brutalidad
me he dicho que yo a veces he respirado sin pensar
que yo he amado y luego recordado el amor
que he sentido el miedo que a uno lo deja
solo en el mundo
y luego he pensado sobre el lugar
donde sentí el miedo
o la idea
que fue preparándome para
sentir el miedo
y he dicho que entonces
era el miedo a la vida
quiero decir
que no entiendo a Descartes
que simplemente he amado y he dejado de amar
y entonces pienso mucho
no hago otra cosa que pensar mientras mi pobre cuerpo
respira y traga y bota las tonterías
y yo pienso y sobre todo recuerdo

o sueño con la mujer (no las mujeres)
y me doy cuenta que entonces yo era la vida
y no pensaba nada
yo pensaba y respiraba al mismo tiempo
porque sentía
y después de haber sentido
el amor o la cólera o la nostalgia de haber perdido
ese amor pensaba
en cosas interesantes que podrían servirme
para no destruir mi vida
para estar alerta
y cuidarme de no
entrar en nada que no tuviera que ver con el amor
pensaba en cosas muy importantes que servirían después para
escribir
cuentos o poemas
tal vez malos poemas
y peores cuentos
porque ni los poemas ni los cuentos
podían acercarme al amor
o a sentir la nube en la rama
y pensaba idioteces que podían servir
o no para hacer poemas o cuentos
pero mi cuerpo en este instante
respiraba por su cuenta
y no tenía nada que ver conmigo (con mis ideas)
con todo
quiero decir
que se ama y entonces idea y respiración
carne y sentimiento
con una sola presencia

una realidad única
en la vida
y entonces se puede decir
yo siento amor
que significa señores poder sentir
espanto y dolor
ira y ternura, ah
la ternura
luego
existo
luego
pensaré
todo lo que mis sentidos
mi corazón
el alma
y la piel
me den
de lo que la vida por su cuenta
(los seres las flores las nuevas ciudades
las calles desiertas los ríos distintos
la tierra con leguas y océanos
que conocer tantas palabras hermosas
que guardarse en el pecho tanta ternura
que aún no se ha ganado por ganar)
me esté dando.

Café Castellino

Si yo pudiera atrapar una estrella
fundirme para siempre en la luz y derramarme
brillante sobre el camino
donde contemplábamos asombrados
el eclipse del último sol de tus pupilas.

Morder las naranjas de tus recuerdos
y lavar tus primeras risas

Desenterrar el sueño de amor
que yace prisionero en los pliegues
de tus párpados arrojar millones de pájaros
en los lunares tímidos
de tus pechos
y encender para siempre
un fuego manso para siempre
en tu gruta vacía.

Recuerdo por ejemplo el calor dulce
que sudaban tus ojos en mis labios
como una canción de amor
ardiendo en una fogata
de playa.

O tus manos el día que eran tristes
cuando te empeñabas con mis manos
en unir el rompecabezas de tu sonrisa
rota

Si yo pudiera
me digo

en vano si yo pudiera inclinar tu cabeza
en un ángulo menos solo
si yo pudiera fijar
el equilibrio de los ríos
donde tu materia se sumerge indefensa.

Si yo pudiera entrar en tus ojos
mirarme en tus ojos
cuidar de los ojos que miran tus ojos
sembrar la inocencia
de los jardines nocturnos en tus ojos

Yo recuerdo por ejemplo
ahora que estoy sentado en la silla preferida
de nuestro café Castellino
Ahora que las mesas están más separadas que nunca
que son más mesas que nunca
que se parecen más que nunca a otras mesas
yo recuerdo decía
el sudor de tus manos ardiendo
como una esperanza de mediodía
yo recuerdo de la temperatura de
tus labios una señal de bienvenida y el mar al fondo
tus dedos quebrados en el mantel de la mesa
presenciando la desesperación instantánea
de un fósforo que se perdió en tu silencio.

Ese silencio que separaba los objetos
que los aislaba
en una distancia enemiga

La memoria puede ser un cuerpo mutilado
donde es posible encontrar una mano modelando
un ángel derrotado
un ángel que puede volar de espaldas
con huellas cansadas en las alas
buscando inútilmente
el día que nuestra desprevenida juventud
nos azotó de dicha.

Y ese día, esos labios hundidos en el tiempo
me impiden ver otros labios
y abren una ausencia donde caigo
y doy al vacío.

Porque tú abriste una herida en el lugar
más importante de nosotros
y la herida se abre en el lugar donde muere
o nace el apetito de la vida
y basta un bostezo
una mueca
para dejar sin fondo esa herida incurable
huella vacía como la ausencia para siempre
de la muerte vacío rostro
carne sin carne
pie que marca un pie que no puede tocarse
cuerpo sin la buena ternura que puede
apretarse y nos deja ausentes.

Lo digo de una vez por todas:
Ahora en este café
no hay nadie.

En el filo de mi copa de vino

En el filo de mi copa de vino
danza un ángel naranja.
Bebo el vino
y el ángel llega a mi pecho
y toca mi corazón
mi corazón enamorado de ti.

Tu boca

Tu boca, amor
tu boca, tu boca, tu boca
amor
tu boca.

Todos los poemas hablan de lo mismo

Todos los poemas hablan
de lo mismo
hablan de la muerte o de la vida.
El día que nazca un poema
diferente
dejaré caer el poema
y veré una estrella.

Indice

A

Abandono de estar... 69
Adagio 61
Amo, luego existo 74
Amoral de... 67

C

Cádiz 21
Café Castellino 82
Camino 27
Cecilia 45

D

Deux roug ordinaire 54
Dime papá... 68
Dormiré con tus pies 34

E

Elena 46
En el filo de mi copa de vino 85
En la espera... 73
En la hora del odio 49
En una mesa de café 38
Es irremediable... 63

F

Frente al mar 33

H

Hay tardes... 62

J

Juego del tiempo 65

L

La aldea 12

Lleno de ti 37

Lo irrecuperable o postal de una fiesta en un bosque 19

M

Mediodía del trópico 36

Mi vida hoy fue un traje de fiesta 64

N

Nunca creíamos que el tiempo... 71

Nunca en este café 55

O

Oye vida 44

P

Para colmo la gente esperando... 66

Para dar con el amor 10

Para escribir un poema 24

Para hacer un retrato del Dome 17

Para Mina 35

París 22

Poema de pascua escrito bajo la acción de cinco va 56

Poema de un golpe 43

Postales 13

Postales de viaje 15

R

Recomendaciones 29

Rue Castagnary 52

Rue Castagnary, 35, París 15, metro Porte de Vanve 31

S

Segundo poema de un señor que tiene el hígado infl 47

T

- Tablero en la arena 28
Todos los poemas hablan de lo mismo 87
Tristeza 8
Tu boca 86
Tu sonrisa ciñe una fiesta 30

U

- Una mujer enamorada 9

V

- Viento al sol... (Cristina) 70
Vincent van Gogh 11
Vino la noche 32

Y

- Y aquel viaje de Gallos marinos 51
Y un día que... 72
Ya no podría entrar en ti 48

Antología de Francisco Massiani se terminó de imprimir
el 15 de Junio de 2006 en los talleres de la Editorial Arquitrave
en Bogotá, D.C. en el barrio La Macarena
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade

Affonso Romano de Sant'Anna

Charles Bukowski

Cristina Peri Rossi

Du Fu

Ferreira Gullar

Konstandinos Kavafis

Manuel Bandeira

Montale, Ungaretti y Quasimodo

Paulina Vinderman

Raul Rivero

T.S. Eliot

Lawrence Ferlinghetti

Bob Dylan

Harold Alvarado Tenorio

Li Bai

Alberto Da Costa e Silva